



TACONES CERCANOS

POR JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO



Cuando Neruda fue a mi escuela

ESCUCHAMOS A NERUDA EN SILENCIO Y CON EMOCIÓN, TAMBIÉN CON IGNORANCIA, PORQUE HOY, DESDE LA MEMORIA ADULTA Y ESCARMINTADA, RESCATO EL CONTEXTO EN DIFERIDO; entonces no pudimos captar, en plenitud, que

estábamos viendo al poeta en funciones de activismo político, a pocos meses de que Nikita Jrushev, líder del Partido Comunista soviético, emitiera su escalofriante denuncia contra José Stalin. Estas, sobre los crímenes y aberraciones del bigotudo dios cantado por Neruda -yo me sahía de memoria su Canto de amor a Stalingrado- y ensalzado por todos los artistas e intelectuales comunistas del mundo.

Aclaro, de partida, que no fui amigo de Neruda. Reconocerlo es importante, porque cuando surge un genio en un país de élites provincianas, también surge a familiaridad excesiva. Hoy medio Chile fue amigo de "Pablo" y oírlo así visto mucho.

Con todo, yo también tengo mi Neruda propio. Lo compuse con trozos de las tres veces que asistí a sus guardias como tesoro humilde de mi memoria. La última fue admirando en París, cuando era embajador; la penúltima, a la salida de un acto académico en Santiago y la primera en 1957, en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

Esa primera vez vivímos una democracia restringida. El Partido Comunista era legal y Neruda, por tanto, era un militante clandestino. Sin embargo, ya establecido como mito y con legitimidad poética absoluta, se había convertido en el gran legitimador táctico de su organización. Los jóvenes comunistas de la escuela lo sabían.

Así, fueron los "jotos" de cursos superiores quienes lo invitaron una mañana de clase, anunciéndole como sorpresa intempestiva. Bastó el bocan a boca para que el poeta entrara a un aula tipo anfiteatro, tan llena que apenas se podía abrir la puerta. Calculo -porque en esa aula he hecho clase- que habíamos unos doscientos cincuenta alumnos de cualquier color político o de ninguno.

Yo estaba en primera fila y, siguiendo una vieja costumbre (que entonces era una joven costumbre), empecé a dibujarlo. El rostro que dibujaba aparecía con rasgos definidos: nariz fuerte, gran capa, labios gruesos, ojillos como de saurio y no tenía más pelo que el asomado a los costados de su gorra. Definitivamente, terminé luciendo un perfil que me resultó parecido al de un oso hormiguero. Costa curiosa porque, años después, el poeta diría que siempre se había encontrado cierto parecido con ese animal.

Neruda no recitaba bien, en un sentido tradicional. Lo hacía con voz ocrea y tono monocorde, que es la manera como todos lo seguimos escuchando cuando lo reverenciamos. Esa mañana empezó con uno de los veinte poemas de amor que mejor conocíamos. Tal vez porque se trataba del 15, ése cuyo primer verso nos guetaba tanto recitárselo a nuestras compañeras paranchinas. Al final, "posicionó" unos poemas sobre su partido, que lo había enseñado "a construir sobre la realidad como sobre una roca" y sobre algunos de sus líderes



Elizondo '91

chilenos. También nos firmó algunas ediciones baratas con su característica tinta verde. Para eso lo habían llevado sus jóvenes guardias de "la jota".

Lo escuchamos en silencio y con emoción. También con ignorancia, porque hoy, desde la memoria adulta y escarmintada, rescato el contexto en diferido; entonces no pudimos captar, en plenitud, que estábamos viendo al poeta en funciones de activismo político, a pocos meses de que Nikita Jrushev, líder del Partido Comunista soviético, emitiera su escalofriante denuncia contra José Stalin. Estas, sobre los crímenes y aberraciones del bigotudo dios cantado por Neruda -yo me sahía de memoria su Canto de amor a Stalingrado- y ensalzado por todos los artistas e intelectuales comunistas del mundo.

Ya se había producido la autocrítica pública, incluso autoafogelante, de muchos de ellos. Algunos estaban escribiendo libros-catafars a estilo de "El dios desnudo", de Howard Fast. Otros optaron por concentrarse en las barborrejas de Occidente. Los menos sufrieron en

silencio, como se sufre la traición de un gran amor.

El último fue el caso de Neruda, para quien el informe de Jrushev fue una revelación que "sacudió el aire". El poeta optó por una difícil lealtad sin soviétismo a su Partido Comunista de Chile, el mismo que seguiría siendo pro-soviético hasta el colapso de la URSS. En esas condiciones, osciló entre el fervor público, textos y poemas autocriticos para iniciados y el mío culpa privado por su encubrimiento de un genocida.

Comello seguía las pautas del comunismo ortodoxo, que jamás reconoció ese texto terrible como clásica oficial del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS. Tuvo que "filtrarse" a Occidente para ser apreciado como documento político de relevancia universal. Entonces, los comunistas comenzaron a mencionarlo, de manera eufemística, como "el informe criticado al camarada Jrushev". Ocupaban el sol con un dedo porque "es mejor estar equivocado dentro del partido, que tener la razón en su contra, compañero".

En alguna medida, ese tacismo empalmaba con el telante orgulloso de Neruda y le permitía enfrentar los temporales con displicencia enigmática. Además, coincidía con su desapego teórico. Esa "indiferencia natural hacia los teóricos de la poesía, de la política y del arte", que confiesa en sus Memorias.

Pero, como a escondidas, el poeta fue eliminando de sus Obras Completas ciertos excesos estalinianos que lo mortificaban. Así hizo con un poema de Las uvas y el viento, primera edición, en el cual agredía a Josif Broz (Tito), gobernante yugoslavo que nunca aceptó la divinidad de Stalin. En sus versos, jugando al paralelo con el dictador nicaragüense Anastasio Somoza, convertía a Tito en "Titachó".

Hoy entiendo que esa mañana en la escuela me asomé, desde la inocencia total, a una procesión que iba por dentro y que se expresó en la simple opción por unos poemas y la omisión de otros. En cambio para su partido, pero no para el dios destronado. Poemas que todos aplaudimos, porque a esa altura de la vida Neruda ya nos pertenecía a todos.

Cuando Neruda fue a mi escuela [artículo] José Rodríguez Elizondo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rodríguez Elizondo, José

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando Neruda fue a mi escuela [artículo] José Rodríguez Elizondo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile